

desde le diván

La homosexualidad a debate

Ma. Antonieta Torres Arias

Entre el acto y el ser se abrirá una fisura. El hombre quiere revelar mediante la acción su propia imagen, pero ésta no se le parece. La búsqueda del yo siempre ha terminado y siempre terminará en una paradójica insaciabilidad.¹

MILAN KUNDERA

Sorprende que en la actualidad algunos psicoanalistas aún sustenten la tesis de que todo homosexual es un “desviado” de la “normalidad” o un “pervertido”. Es no entender nada de lo que se trata, pues una afirmación así precisamente nos llevaría a afirmar que todo heterosexual es igualmente un “desviado” o “pervertido”, si a la sexualidad se refiere. Demuestra una lectura sintomática y desde otro lugar —no desde el lugar del analista sino de la homofobia— de los planteamientos psicoanalíticos desde Freud a Lacan, y del discurso concreto de los analizandos. La homosexualidad, como el aborto voluntario, son cuestiones que necesariamente se tienen que seguir debatiendo, pues aún existen fuertes tendencias discursivas que se oponen a su derecho y legalidad. Con la diferencia de que frente al aborto la persona puede ejercer o no la libertad de su acto, en cambio la homosexualidad es uno de los destinos de la identidad sexual del sujeto, que depende de los arcanos de la problemática edípica.

No insistiremos bastante en afirmar que la homosexualidad surge primeramente como un dispositivo protector contra la angustia de aniquilamiento —no de los órganos genitales— del propio ser. Es decir, el origen de la homosexualidad —manifiesta, proclamada y reivindicante— no se circunscribe a la excitación y al deseo de otro hombre o mujer.

En estricto apego a la concepción psicoanalítica freudiana, la homosexualidad no es una enfermedad, sino, como diría Nasio,² el estado

¹Milan Kundera, *El arte de la novela*, Vuelta, México, 1988.

²J.D. Nasio, *El dolor de la histeria*, Paidós, Buenos Aires, 1991, p.16.

enfermo de una relación humana en la que una persona es sometida a otra en su fantasma. Dicho de otra manera, como cualquier otro individuo, el homosexual está expuesto a contraer una neurosis o perversión, a partir de su estructuración psíquica homosexual. La probabilidad de que ello ocurra depende del escenario edípico que configura sus fantasmas.

Los fragmentos de la carta que Freud envió a una madre norteamericana el 9 de abril de 1935,³ enfatizan lo anterior:

Colijo de su carta que su hijo es homosexual. Me ha impresionado hondamente el hecho de que Ud. no mencione este término en su información acerca de él, ¿por qué lo evita? La homosexualidad no es seguramente una ventaja, pero no es nada de lo que haya que avergonzarse, no es vicio, ni degradación, ni se la puede clasificar como enfermedad; nosotros la consideramos una variación de la función sexual, producida por cierta detención del desarrollo sexual [. . .] al preguntarme si yo puedo ayudar, Ud. quiere decir, supongo, si yo puedo abolir la homosexualidad y hacer que la heterosexualidad ocupe su sitio. La respuesta en líneas generales, es que no podemos prometer lograrlo [. . .] lo que el análisis puede hacer por su hijo es asunto diferente. Si su hijo es desdichado, neurótico, atormentado por conflictos, si se siente inhibido en su vida social, el análisis podrá traerle armonía, paz mental, plena eficiencia, sea que permanezca homosexual o cambie.

La homosexualidad debe ser planteada como una estructura intersubjetiva que deviene identidad homosexual debido a una identificación con el deseo inconsciente de la madre, una identificación negativa con el padre, la negación de la diferencia de sexos, culpa edípica y angustia de castración.

Homosexualidad masculina

Ocasionada por una intensa fijación del niño a la madre, tras cuya superación se identifica con ella y se toma a sí mismo como objeto sexual, la homosexualidad se expresa para la teoría freudiana en un tiempo posterior a la heterosexualidad. La identificación con la madre es un desenlace del vínculo de objeto; el niño permanece así fiel a dicho objeto. Este factor oculta otro de fuerza muy especial: la alta estima por el órgano viril y la incapacidad de renunciar a su presencia en el objeto de amor.⁴ Es

³Sigmund Freud, "Carta a una madre norteamericana", en Jones E., *Vida y obra de Sigmund Freud III*, Hormé, Buenos Aires, 1981.

⁴Sigmund Freud, "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina" (1920), en *Obras Completas*, vol. XVIII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979.

de capital importancia para el problema de la identidad sexual la manera en que la madre ve al hijo, según sea su sexo o el no sexo imaginario, y con ello la representación fantasmática que juega el hijo para la madre. La pregunta crítica es ¿con qué madre se identifica el homosexual? ¿Con la madre fálica, no castrada, o con una madre seductora, castrada?

El punto central de la homosexualidad es, según Freud, que detrás de la represión del amor a la madre y de la identificación posterior con ella, el varón se toma a sí mismo como modelo a semejanza del cual escoge sus nuevos objetos de amor.⁵ Freud jamás pudo concebir la relación del niño con “la madre mala”, odiada y temida. Sin embargo, como señala Sibony:

Algunos homosexuales odian a la madre por haber tenido que adorarla, por haber encarnado sus creencias en ella sin que ella misma creyera *verdaderamente*, sin que siquiera se diera cuenta de la *inmensidad del sacrificio* del cual el hijo ni siquiera rescató una imagen defendible puesto que la madre era inimaginable para sí misma.⁶

En esencia, la homosexualidad resulta de una reacción de defensa narcisista ante la castración; el niño fija electivamente la representación de una mujer provista de pene. Esta representación persiste entonces en el inconsciente de una manera activamente presente y ejerce su influencia en todo el dinamismo libidinal ulterior.

Si esta representación de la mujer con pene se ha “fijado” en el niño, si ella resiste todos los influjos de la vida posterior y vuelve al varón incapaz de renunciar al pene en su objeto sexual, entonces el individuo siendo normal su vida sexual en los demás aspectos, se ve precisado a convertirse en homosexual, a buscar sus objetos sexuales entre hombres que por otros caracteres somáticos y anímicos recuerdan a la mujer. La mujer verdadera, como más tarde la ha discernido, permanece imposible para él como objeto sexual pues carece de encanto sexual esencial, y aun en conexión con otra impresión de la vida infantil, los genitales de la mujer, percibidos luego y concebidos como mutilados, recuerdan aquella amenaza (de castración) y por eso despiertan en el homosexual horror en vez de placer.⁷

A partir del propio Freud, existen tres ejes de capital importancia —que son el Edipo, el complejo pulsional y el narcisismo—, los cuales

⁵Sigmund Freud, “Sobre las teorías sexuales infantiles” (1908), en *Obras Completas*, vol. IX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979.

⁶Daniel Sibony, *Perversiones, diálogos sobre locuras “actuales”*, Siglo XXI Editores, México, 1990, p. 215.

⁷Sigmund Freud, “Sobre las teorías sexuales infantiles”, art. cit., p. 193.

permiten visualizar la homosexualidad como una modalidad de la estructura intersubjetiva, e incluso como el único giro posible del complejo pulsional sexual.

Identificación edípica

La historia de cualquier homosexual trasluce el drama del hijo en el escenario edípico en donde la rivalidad de los padres, la lucha de los sexos y el antagonismo entre hombre y mujer, expresan la angustia del sujeto por salvar su deseo e identidad propia más allá de sus progenitores.

En la dialéctica imaginaria del Edipo, la atribución fálica cobra particular sentido. En efecto, el niño se esfuerza por simbolizar la diferencia de los sexos y es precisamente en torno a esta diferenciación que se organizan potencialidades de identidad sexual distintas a la femenina y masculina, mismas que hallan su confirmación recíproca en la heterosexualidad.

La identidad del homosexual obedece a que el varón se enfrenta a una ambigüedad en referencia a la atribución fálica del padre, ambigüedad que se origina por la lucha secreta de los padres al reclamar y sustentar frente al hijo la primacía fálica. Ante la imposibilidad de reconocer su propia castración simbólica, el hijo es llamado a ser el que otorga la atribución fálica. Es así que incrustado entre ambos progenitores es utilizado como instrumento en juego a través de quien los padres se pueden oponer, enfrentar y descalificar mutuamente. Objeto de deseo en disputa, el hijo queda descolocado de su lugar de tercero excluido que le corresponde en la ordenación edípica y se convierte en causa de la exclusión del otro, ya sea del padre o de la madre. Si el padre es ausente o queda sometido a la ley materna, la situación no varía, pues el niño se ve en la imposibilidad de acceder a la atribución fálica paterna, es decir, permanece en la ambigüedad.

Permanecer en esta posición implica la posibilidad imaginaria de incesto y asesinato. Es precisamente por la culpa edípica y el temor a la castración imaginaria que el niño renuncia, no desde luego sin problemas, al lugar supuestamente privilegiado de ser el salvaguarda de la integridad narcisista de sus progenitores. Se convierte en homosexual, con lo que desafía el deseo parental y, con ello, la castración, y al quedar identificado con el deseo inconsciente de la madre, se constituye en el ideal de sí mismo, en su propio objeto de deseo.

Dicho en otras palabras, la madre reclama al hijo como su falo imaginario, no para completarla o colmarla, sino como aquel que le prolonga la vida, lo que implica también su propia muerte. La demanda materna es más arcaica pues este hijo le debe dar sentido a su vida, expiarle la culpa y satisfacerla en aquello en que le falló el hombre. Ante una madre sufriente, víctima del otro, siempre insatisfecha, la homosexualidad del hijo es una prueba de que no hay más mujer que ella.

De acuerdo con Sibony,

[...] a los homosexuales les fue legada una mentira radical, positiva, no apariencia o imagen [...] mentira del nombre que el padre transmitió, mentira de la paternidad [...] También en cuanto a la madre hubo mentira [...] le prometió el incesto y lo engañó con el padre. Sabe que ella ha gozado [...] Miente por haber [...] gozado haciendo creer que la violaban, que sufría a ese bruto, a ese padre inmundo.⁸

Ante la imposibilidad de lograr una identificación ideal con la imagen paterna que permita la renuncia narcisista del yo ideal, la valencia libidinal queda determinada por la no renuncia al falo y la denegación de la castración. Se da así una identificación negativa con el padre.

Complejo pulsional

El homosexual neurótico —esto es, ni perverso, ni psicótico— conoce la ley y el deseo, y no rehúye la castración como es de esperar en un neurótico heterosexual, sino que justamente para evitarla en la dinámica mental la rencuentra en su dimensión afectiva, esto es, real. El acto homosexual, que puede evocar la perversión, es ese punto donde lo real de la castración le asegura al mismo tiempo la imposibilidad de ésta. Es un acto que conjuga un intento de borrar la oposición fálico-castrado, pues el homosexual se “faliciza” castrándose o se castra para “falicizarse”.

Ahora se comprende mejor por qué en su posición homosexual el hombre niega la angustia de castración a través de “falicizar” globalmente su cuerpo, que yergue cual falo potente, y su pene como un lugar de veneración narcisista. De lo que se trata es de mantener una excitación constante y de disfrutar el placer de la descarga; inconscientemente salva así el falo del peligro. En ese juego vascular de poseer-ser poseído ocupa simultáneamente las dos posiciones imaginarias, hombre-mujer, para mantener en suspenso la diferencia de los sexos. La angustia de castración se convierte en acción sexual, lo pul-

⁸Daniel Sibony, *op. cit.*, p. 214.

sional deviene lo intercambiable bajo pena de muerte y el goce incluye siempre una muerte posible.

El hombre mentido, engañado, cree que encuentra su verdad cuando se reconoce homosexual. Duras lo dice poéticamente "la verdadera pasión de la homosexualidad es la homosexualidad. Lo que el homosexual ama como su amante, su patria, su creación y su tierra, no es a su amante, es la homosexualidad".⁹

Queda planteado que la angustia primera suscitada por el peligro del incesto y parricidio es la fuente inconsciente de la angustia que puede experimentar el hombre para acceder a la masculinidad, captada ésta como riesgo de desgarradura de todo su ser. Atrapado en un interjuego pulsional mortífero, el único paso posible de salvaguardar su yo, su falo y su deseo es precisamente la identidad homosexual.

La hipótesis propuesta por Green¹⁰ desde la perspectiva de las pulsiones de vida y muerte arroja luz sobre el complejo pulsional del homosexual. Los mecanismos de defensa contra la angustia y los demás afectos penosos desorganizadores del yo son principalmente dos, la denegación y el desligue de la investidura objetal. Desobjetalización que ataca no solamente la relación de objeto, sino también al yo mismo, lo que se traduce en un imperativo de crear cada vez en forma compulsiva un investimento significativo. Conciérne más a una modalidad de la actividad psíquica que al objeto *stricto sensu*, ya que es el investimento mismo el que es objetalizado. En parte esto explica por qué el pasaje al acto homosexual es lo relevante, mientras el otro pasa a la categoría de objeto fácilmente intercambiable; el impulso orgásmico de su propio deseo termina por imponerse.

Narcisismo del homosexual

Las vicisitudes del Edipo y del complejo pulsional hasta aquí planteadas dan cuenta de la estructuración narcisista en la identidad homosexual masculina. Conviene, sin embargo, puntualizar algunos aspectos adicionales. Freud¹¹ sostiene que cuando las tendencias del yo para evitar

⁹Marguerite Duras, *La vida material*, Plaza y Janés, Barcelona, 1987, p. 42.

¹⁰André Green, "Pulsión de muerte, narcisismo negativo, función desobjetalizante", en *La pulsión de muerte*, Amorrortu, Buenos Aires, 1986, p. 74.

¹¹Sigmund, Freud, "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina", art. cit., pp. 144-145.

el enfrentamiento del varón con el rival, la castración y el doloroso fracaso edípico, no son sostenidas ni alentadas, entonces ese yo se ve llevado a buscar, descubrir y admirar lo que hace del padre el objeto de deseo de la madre y a trasladar al futuro el deseo de parecersele. Con ello la imagen del padre pasa a ser el ideal del yo del varón. La identificación con el padre hereda la exigencia del yo ideal. El ideal del yo es el que determina la elección del objeto sexual, objeto que está determinado por dos elementos: la castración de la madre como modelo de elección de objeto y la función del padre como modelo de identificación y acceso al ideal.

También Freud señala que aquellas personas que experimentan una perturbación del desarrollo libidinal no eligen su posterior objeto de amor según el modelo de la madre, sino según el de su propia persona.¹² El destino pulsional determina la producción de un objeto en todo coincidente con el yo, un objeto especular; se trata de una mudanza del objeto por el yo. Es decir, son los órganos del sujeto elevados a la categoría de objetos sexuales quienes remplazan a la madre, primer objeto de amor. El objeto sexual es aquí el mismo sujeto. El sujeto es objeto.

Por otra parte, cuando las tendencias a evitar la rivalidad edípica lejos de verse coartadas son por el contrario sostenidas y alentadas, el pasaje del ideal queda fracturado. La distancia entre el yo y el ideal del yo se acrecienta, lo que origina, entre otras cosas, un repliegue pulsional e identificadorio sobre el cuerpo propio; y una disposición a la elección narcisista de objeto.

La aparente contradicción que se presenta en el planteamiento freudiano sobre el varón, entre fijación a la madre y elección de objeto con un atributo sexual masculino, se resuelve si se entiende que la libido se fija a una imagen materna fálica. Esta fijación no se contradice con la elección homosexual de objeto, en el que el yo puede reconocerse como si se tratara de su doble. En consecuencia la homosexualidad puede ser entendida como una modalidad de rencuentro del yo con el ideal fálico y también con el doble marcado por el atributo fálico. Todo esto conduce al homosexual al encuentro consigo mismo.

El homosexual busca en su doble el apoyo narcisista que le falta, o sea la imagen de él mismo que falta. De hecho, en esencia, dice Sibony,¹³

¹²Sigmund Freud, "Introducción al narcisismo" (1914), en *Obras Completas*, vol. XIV, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, p. 85.

¹³Daniel Sibony, *op. cit.*, p. 212.

el homosexual padece de una fragilidad narcisista. Esto confirma que el amor narcisista es no tanto el amor por uno como el amor sin otro, independientemente del otro.

Sin embargo, esta forma de solucionar la angustia y el dolor siempre resulta relativa y efímera, pues en su encuentro con el doble narcisista, la amenaza de aniquilamiento recae sobre el yo. Esta búsqueda de su imagen lo lleva a una especularidad que le denuncia su propia muerte; por eso se presenta la necesidad imperiosa de la referencia al tercero para sostener esa identidad.

La reciprocidad inicial que el homosexual cree encontrar en el doble se concreta en una imagen en la que el sujeto se reconoce como un todo completo y no de manera parcial y fragmentaria. Pero el otro, al ser un misterio, le descubre la diferencia fálica, ya que ésta es imposible de duplicar. Pronto se rompe el encanto y la fascinación, dolorosa para quien ha creído encontrar un otro en todo semejante a él. Se reconoce en el homosexual una intensificación del narcisismo fálico, que sin embargo no lo salva de la caída y del enfrentamiento permanente con la castración.

Conclusiones

Enfatizamos que el homosexual no escapa de la dialéctica edípica; lo que perturba su desarrollo es que la madre introduce una inversión en la legalidad, por cuanto es ella quien dicta al padre la ley. El padre es incapaz de sustentar la posesión del falo, y de restituir a éste como el objeto deseado por la madre. El padre no se perfila como objeto de identificación para el ideal del yo. El niño queda fijado a la fantasía de la madre fálica —corolario de la angustia de castración— que junto a la rivalidad con el padre lo lleva a la identificación imaginaria con el objeto del deseo inconsciente de la madre.

Respetar esta posición implica seguir paso a paso el discurso del sujeto forjado por un deseo troquelado en su singularidad por el complejo pulsional, por la dialéctica edípica y por el narcisismo. La verdad del sujeto, su homosexualidad, se revela de entrada desde otra dimensión, y es entonces cuando se puede acceder a comprender que lo patológico no está en la identidad sexual en sí misma, sino en lo que se pone en juego respecto a ella. Parafraseando a Lacan, la homosexualidad es uno de los destinos de la identidad sexual, lo patológico viene “por añadidura”.

Las reflexiones aquí vertidas muestran que el origen de la homosexualidad debe buscarse en la historia de un deseo de ser, en la historia de un sujeto condenado a la alienación de sí mismo, y finalmente en las vicisitudes de una historia que determinó la trama en la cual el sujeto sólo pudo salir victorioso a costa de denegar en sí mismo la diferencia de los sexos.

La mujer homosexual

Cuando se invierten los caminos del amor, el caso de la mujer es más escandaloso que el del hombre, como lo recuerdan muy justamente Francois Perrier y Wladimir Granoff en un estudio consagrado a la homosexualidad femenina:

¿Por qué? ¿Por qué está ella tan cerca de la hoguera, donde hombres y mujeres "normales" están prestos para arrojarla? Porque ser autosuficientes constituye un desafío intolerable. No ser codiciado en la propiedad sexual para llenar un vacío, no verse solicitado en el nivel del ser, es ser negado en el plano mismo del ser. La homosexual firma la sentencia de muerte del hombre y de la mujer.¹⁴

Más que la homosexualidad masculina, la femenina ha sido oprimida y marginada. De la homosexual se espera que se oculte, que sea invisible, que su sexualidad se circunscriba a la esfera de lo privado y la clandestinidad. Su destino sexual no deja de causar repudio y vergüenza en algunas feministas heterosexuales, y en muchas ocasiones entre ellas mismas. Así lo señala Fiocchetto¹⁵ al denunciar que las propias protagonistas de la liberación tienden a reproducir la misma estructura patriarcal, perpetuando la opresión al lesbianismo y discriminando a las lesbianas, y que, determinadas a obtener reconocimiento social y político, muchas feministas temen que su poder de negociación pueda ser destruido a causa de la imagen "infamante" del lesbianismo. Ella descubrió que muchas lesbianas aceptaban este modelo, negándose a sí mismas y reproduciendo los mismos sentimientos hacia otras lesbianas, o sea, haciéndolas a un lado. De hecho, el movimiento lésbico surge vinculado y al amparo de los movimientos feministas y con posterioridad

¹⁴W. Granoff y F. Perrier, *El problema de la perversión en la mujer*, Grijalbo, Barcelona, 1988, p. 63.

¹⁵Rosanna, Fiocchetto, "El lesbianismo en Italia", en *debate feminista*, México, año I, vol. 2, septiembre, 1990, p. 229.

a las reivindicaciones de los derechos cívicos obtenidos por los grupos *gays* masculinos.

Hay que tener claro el principio que rige la bipartición sexual de los sujetos hablantes desde el punto de vista de su identidad sexual, en hombres y mujeres; para poder entender que desde el punto de vista de los sexos, es imposible pensar en una igualdad puesto que no existe sino diferencia. Por lo mismo, la homosexualidad femenina y masculina debe ser pensada a partir de esta radical diferencia de los sexos. Es un grosero engaño imaginario considerar que los homosexuales han trasmudado de sexo; que la homosexual se inscribe a partir de su identificación sexual con el padre, del lado de los hombres o el homosexual masculino, por su identificación con la madre, del lado de las mujeres. No dejan de ser finalmente hombres y mujeres. Ya desde los escritos de Freud acerca de la sexualidad femenina, y la feminidad en general, se desprende la noción de una posición diferente de la mujer y del hombre con relación al deseo. Freud subraya el papel principal que desempeña la envidia en la psicología femenina, y la particular sensibilidad de la mujer a las frustraciones.

Es precisamente en lo que se refiere al amor y al deseo que sus discursos se separan. De la posibilidad de escisión entre amor y deseo el hombre hará su estandarte, el signo de su potencia viril; ésta enlaza para él la posibilidad del placer puro con su concepción de la virilidad. Quiere ser capaz de un deseo autónomo, con lo que intenta negar, frente a la mujer, su relación con la castración: si es preciso el amor para que exista el deseo, entonces su supremacía fálica revela estar sometida al capricho de la mujer. Parece como si el deseo que el hombre tiene del deseo sea inseparable de la satisfacción que le proporciona su capacidad para soportarlo. La aprehensión imaginaria del objeto de su deseo se muestra como el premio por haber sostenido su deseo.

Como destaca Piera Aulagnier,¹⁶ para la mujer la posición se invierte. Se declarará siempre partidaria del amor único, de la fidelidad. En un intento por negar la posibilidad del deseo puro, el amor le servirá siempre como coartada. La manera como la mujer cubre con un velo la verdad de su deseo, es afirmarse a sí misma que no carece de ningún deseo y ofrecerse como ofrenda al deseo del hombre. Ahora bien, lo que la hiere no es el ser deseada, lo que no puede soportar es que el hombre

¹⁶Piera Aulagnier-Spairani, "Observaciones sobre la feminidad y sus avatares", en *El deseo y la perversión*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1979, p. 75.

le revele saber que ella no es sólo deseable sino que sobre todo está deseosa de su deseo y que puede, por eso, estar en carencia. Este es para ella el punto neurálgico: que se la denuncie como sujeto de deseo y que se descubra desnuda bajo la mirada, despojada de un adorno que no es más que el emblema de la feminidad en su función de pantalla, es decir de escudo, frente a una primera mirada que la descubrió privada de lo que creía tener.

Completamente distinto es el discurso de las homosexuales femininas. No se trata de que ellas eludan la cuestión de su amor, sino de que parecen expresarlo en términos que enfatizan el carácter extraordinario de los placeres que se procuran. Es raro que la seducción sexual entre mujeres no se acompañe de la promesa de goces ignorados. La homosexual femenina sostiene que los hombres no saben procurar placer a las mujeres. Desafían con ello al deseo del hombre —como veremos, se trata del deseo del padre—, literalmente, dice Lacan, “La homosexual ya no puede concebir, a no ser aboliéndose, la función que tenía: la de mostrar al padre cómo es uno, uno mismo, un falo abstracto, heroico, único y consagrado al servicio de una dama”.¹⁷

Desde su posición del saber sobre el goce de la otra, también se constituye en un desafío para la mujer, pues la enfrenta a tener que reconocer en su supuesta feminidad los papeles de máscara, de pantalla, de simulacro con los que reviste su desnudez con los adornos de un deseo que no es el suyo y que utiliza para escamotear la relación que tiene entre su ser y su deseo, es decir, no querer saber sobre su falta.

Los avatares del Edipo y de la atribución fálica

En la homosexualidad femenina hay una cuestión de capital importancia: la relación madre-hija, que como veremos, es otro de los hitos que provocan horror y rechazo a esta identidad sexual.

Freud subraya que no se puede comprender a la mujer, si no se examina la fase de “ligazón madre pre-edípica”. Esta ligazón-madre es más intensa y prolongada en la niña y se mantiene hasta los cuatro o cinco años, edad en que el varón habría ya completado el ciclo edípico.

Se trata de una relación de exclusividad con la madre de alto contenido erótico y amoroso, de carácter fantasmático, con una total ex-

¹⁷Jacques Lacan, “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”, en *El seminario 11*, Barcelona, Paidós, 1987, p. 46.

clusión del padre. Los fantasmas a los que alude Freud revelan un vínculo de gran satisfacción pulsional y amorosa. La causa por la que esta potente ligazón—madre se va a pique y acaba en odio es porque la niña hace responsable a la madre de su falta de pene y no se lo perdona. Se trata de una castración ya efectuada, irreparable. El efecto concomitante no es, por tanto, la angustia por la amenaza —como en el caso del varón— sino la hostilidad por su ejecución.¹⁸

En su seminario “El reverso del psicoanálisis”, Lacan dice:

El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre [...] entonces, traté de explicar que había algo tranquilizador [...] hay un palo, de piedra por supuesto, que está ahí, en potencia, en la boca, y eso la contiene, la traba. Es lo que se llama el falo. Es el palo que te protege si, de repente, eso se cierra.¹⁹

Lacan asigna una dimensión significativa a ese deseo de la madre. Presencia angustiante de un deseo que no dice qué desea. La niña/o es aquí el objeto que puede ser devorado por ese deseo oscuro si la boca se cierra. El “cocodrilo” se engaña con el palo—falo. La/el niña/o se identifica al falo, lo que le permite estar allí, en ese deseo mitigado sin caer como puro objeto.

La confrontación con un deseo angustiante tiene una solución: el falo, efecto del nombre del padre por la operación de la metáfora paterna. A esto se refiere Lacan cuando dice: “la palabra del padre debe constituir la ley para la madre [...] en tanto el padre puede dar a la madre lo que ella desea (el falo) porque lo tiene y como tal es un padre potente”.²⁰ Es decir, en algún momento dado, la intervención del padre simbólico consistirá en desalojar a la/el niña/o de esa relación imaginaria con la madre, prohibiendo un goce situado ahora en un estatuto fálico: como portador del falo, el padre, prohíbe al niño/a ser el falo imaginario de la madre, falo absoluto. A cambio de esta inscripción de la falta fálica, se adquiere la relación con un emblema, un ideal. Por medio del mismo se conquista otra dimensión del falo y con ella las posiciones sexuales.

¹⁸Sigmund Freud, “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, la feminidad” (1932), en *Obras Completas*, vol. XXII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979.

¹⁹Jacques Lacan, “El reverso del psicoanálisis”, en *El seminario 17*, Paidós, Barcelona, 1992, p. 118.

²⁰Jacques Lacan, “Las formaciones del inconsciente”, en *El seminario 5*, inédito en castellano, mimeo, clase del 22 de enero de 1958.

En este punto es donde la futura homosexual se enfrenta con un atolladero, pues el padre, en su incapacidad para cumplir cabalmente con su función, deja a la hija en la posición de ser el falo imaginario para la madre, es decir, como falo absoluto, el ideal —puesta en el lugar “del palo que evita que las fauces se cierren”. La niña es así reenviada a la madre, y en tanto ésta no la remita a otro lugar, se establecerá esa suerte de pacto que significará la relación gozosa entre ellas. Pero quedarse como objeto de goce del otro es anularse como ser y como sujeto deseante. Una de las soluciones que encuentra la mujer es, precisamente, desafiar al falo paterno desde su posición homosexual, e introducir así, entre ella y la madre, un significante fálico que proviene del hombre.

Esto da cuenta de por qué ciertas homosexuales se subordinan al pene del hombre, el cual debe ser mantenido fuera del alcance de la castración, es decir apartado de toda consumación en un vínculo heterosexual; es un blanco intocable, una meta lejana, pero también por ello se agota su deseo siempre renovado, y bajo la invocación de ello prosigue las relaciones homosexuales.

También nos permite entender las relaciones amorosas duraderas que con tanta frecuencia se establecen entre las mujeres homosexuales, en donde el juego de madre e hija será la situación habitual. Se trata de una relación en la que los papeles serán intercambiables y estarán mezclados, pues una mujer puede desempeñar el papel de madre o de hija alternativa o simultáneamente. Tampoco es raro encontrar que en vínculos establecidos y consolidados de más tiempo el placer sexual se vea cancelado, y si no obturado del todo, por lo menos muy problematizado. Esto no quiere decir que la homosexual deja de desear, sino que sus goces reales o fantaseados los sustrae, a modo de defensa, de la pareja. Esto es debido a que se le hace presente el fantasma materno y, con ello, la posibilidad del goce incestuoso, primario y como tal mortífero.

En otro orden, reconocer que la/el niña/o es conducida/o al juego de las identificaciones a partir de la metáfora paterna, es tomar buena nota de que la posibilidad que se le da de situarse como hombre o mujer está directamente relacionada con la simbolización de la ley y la castración. La problemática de la identidad sexual es, pues, totalmente dependiente de la relación que todo el mundo mantiene con el problema de la atribución fálica. Por la razón de que la identidad sexual depende, en cierto modo, de esta atribución fálica y de que el padre

sepa dar la prueba de lo que se le atribuye, la homosexualidad femenina pone en evidencia la ambigüedad resultante del cuestionamiento de la atribución fálica paterna.

Como lo observan Perrier y Granoff:

La mujer homosexual, al no tener perspectiva abierta en el plano del intercambio del don fálico, al no poder renunciar al falo que no tiene, al no poder emplearlo como don, sabe, lo mismo que todo mundo, dónde está el falo, o al menos dónde debería estar; en aquel que no es que no lo tenga, pero que no lo demuestra: el padre, de quien dirá ella en cuanto pueda que jamás amó a la madre como habría debido hacerlo.²¹

A su manera, la homosexual lanza un desafío al padre —y a los hombres— con respecto a la atribución fálica. En la identidad sexual que es la suya, sostiene, mejor que cualquiera, el desafío, puesto que no teniéndolo nunca, lo dará tanto mejor. Si lo que importa es dar el falo a una mujer, la mujer homosexual se esfuerza en demostrar a un hombre que ella es susceptible de realizar lo que ninguno de ellos podría hacer, puesto que como todo hombre está castrado, no ofrece a una mujer más que lo que no tiene.

Para llegar a esta demostración, la mujer homosexual se identifica con las insignias del otro —puesto que no ha renunciado a su sexo—, es decir, se identifica con las marcas de la atribución fálica que sin embargo pudo reconocer en el padre. En esas condiciones, al igual que un hombre, incluso mejor porque no tiene necesidad de un pene, hará gozar a una mujer y gozará con ella. La homosexual se presenta como aquella que puede colmar la falta de otra mujer; de allí su superioridad amorosa que hará valer con respecto a los hombres.

Es posible decir que en la homosexual hay una fijación parental excesiva, ya que paradójicamente ha amado demasiado a su padre, pero lo ha amado en el sentido en que ha amado demasiado a su madre con ese amor cuya cruel y severa frustración no ha podido soportar. No ha renunciado al objeto de elección incestuosa. Lo ha perdido, abandonado, en el sentido en que ha rechazado su amor por la madre. Sin embargo, lo recupera a través de su identificación masculina. Se revestirá con los atributos del padre, los de la masculinidad; se transforma y se vuelve el signifiante de esas insignias y desde ahí, se propondrá como el objeto que le ha faltado a la madre; queda cautiva de esa posición en la que ella misma representa el falo para una mujer.

²¹W. Granoff y F. Perrier, *op.cit.*, p. 67.

Sin embargo, esta identidad sexual no puede sostenerse sin la referencia al otro masculino.

La presencia del tercero masculino se hace sentir no solamente en el cuidado que esta mujer pondrá para el goce de su compañera —de lo que obtendrá orgullo y gloria, descuidando en ciertos casos sistemáticamente la búsqueda de su placer como agente de la relación sexual— sino también en la asociación más trivial o en el sueño, en el que muy raramente dejará de surgir el tercero masculino, sea un objeto cualquiera que lo signifique.²²

Retomando nuestro planteamiento inicial del vínculo pregenital con la madre, la presencia del tercero masculino se vuelve imprescindible pues garantiza la barrera contra el incesto, esto es, la incidencia traumatizante del goce puro, pura pulsión de muerte, sin fantasía, inherente al deseo materno. De hecho, en la homosexualidad femenina no deja de estar presente el fantasma materno, la madre del primer tiempo, la todopoderosa, la que viene a ocupar el lugar del otro, la que amenaza con el engullimiento y la devoración. Razón por la cual la homosexual se esfuerza en sostener al padre como representante de la ley, aunque no sea sino para retarlo y cuestionarlo en lo inoperante de su función.

La solución que encuentra, desde su narcisismo, es la de ofrecerse con todos sus atributos fálicos a ambos progenitores. Es como si le dijera a la madre: “no sufras, conmigo tienes lo que a ti te falta y que él (mi padre) no te pudo dar”, y al padre: “yo soy la que cubre tu falta, para que no se descubra el horror y la vergüenza de tu propia castración. No soy como mi madre, mujer en falta, a la que tú desprecias, soy la que no le falta nada, y con ello te sostengo en tu función”. Solución finalmente pacificadora dentro del interjuego edípico, en nada sustraído de los imperativos de la castración y de la problemática fálica.

Como lo observa Dor²³ la mujer homosexual accede a la dialéctica del don fálico y, aun cuando se sustrae de entrada a él, por lo menos se esfuerza por dar el falo a otra mujer, persuadida como está de no recibirlo nunca de un hombre. La atribución fálica y la circulación del falo quedan inscritos en el horizonte de la identidad sexual.

²²W. Granoff y F. Perrier, *op. cit.*, p. 72.

²³Joël Dor, *Estructura y perversiones*, Gedisa, Buenos Aires, 1988, p. 155

Conclusiones

En consecuencia debemos admitir que la homosexualidad es un camino particular que toma la sexualidad femenina, resolutivo más bien que perverso —no hay en la mujer estrictamente hablando perversiones sexuales. Resolutivo en el sentido que le permite preservar su ser ante la demanda del deseo materno, esto es, no ser el hijo tomado como objeto de su goce; introducir el significante paterno para mantener un equilibrio, aunque precario, en el derrotero del goce coordinado con el falo y el deseo; no quedar atrapada en un callejón sin salida frente a la ley insensata e irracional de la madre del primer tiempo. Y finalmente como lo puntualiza Lacan,

[...] las madres tienen un carácter mortífero y muy especialmente en las relaciones madre-hija. Ya que la imago materna es mucho más castradora que la imago paterna. Al final de cada uno de mis análisis vi el fantasma de desmembramiento, el mito de Osiris.²⁴

Por lo tanto, la tarea que se le impone al clínico, y a cualquiera que desee incursionar en la temática de la homosexualidad, es primero saber diferenciar si se trata de la homosexualidad como delirio, como perversión, como temor neurótico, como esquema significativo, o en la problemática del edipo y de la función fálica.

²⁴Jacques Lacan, "Intervenciones en la SPP", en *Intervenciones y textos*, int. núm. 11, Ed. Manantial, Buenos Aires, 1985, p. 20.